



EL CERRO DE LA ENCANTADA

(Leyenda de tradición oral)

Difusa en el argumento y confusa en su desarrollo es esta leyenda, de la cual he oído varias versiones. Como en el fondo posee alguna belleza, aunque sea trágica, es obligado rehacerla, dándole vitalidad, cosa que nadie ha hecho hasta ahora, por lo cual tomo la empresa a mi cargo, pues al parecer estaba reservada para mí.

Diré, por lo tanto, que corrían los azarosos tiempos de la Reconquista, en uno de sus períodos más esplendidos para las armas cristianas, cuando las huestes castellanas veían ensancharse ante ellas, no Castilla, sino España, una España nueva, nacida del esfuerzo guerrero de sus hijos. Pronto Alfonso VI vería culminar su avance con la conquista de Toledo, cabeza y suma de la Monarquía.

Pero si Alfonso VI vencía frente a la capital, e incluso pasaban a su poder numerosas plazas fuertes del reino toledano a lo largo del Tajo, desde Coria a Zorita, quedaban al sur del gran río ibérico algunos bastiones musulmanes cuyos detentadores parecían desdeñar el avance del rey castellano. Entre esos orgullosos caudillos fronterizos esta Ahmed Ben Abbdus, vali de Castellforte de Valcominoso, nombre que en cristiano poseía entonces nuestro Santa Cruz de la Zarza.

Era a la sazón la villa una pequeña plaza fuerte, con un sólido castillo donde hoy se alza la iglesia de Santiago; una fortaleza menor, como torre vigía de defensa avanzada sobre un otero al Este de la población, y al Norte, el pequeño castillo de Alboer, en las risqueras del Tajo.

El cargo de Vali incluía la plena autoridad civil y militar, por lo que Ahmed Ben Abbdus disponía de libertad para los asuntos de paz y de guerra, y siendo belicoso por naturaleza y fanático de Mahoma por convicción, trataba de causar el máximo daño a los cristianos fronterizos, cuyas tierras corría de vez en cuando, destruyendo las cosechas, robando el ganado y haciendo prisioneros, por los que exigir rescate o para convertirlos en esclavos vendibles, como meros semovientes.

Este es el escenario donde se iba a desarrollar la acción de nuestra conseja.

Tenía Ahmed Ben Abbdus un hijo varón, Abbed Ben Ahmed, de 23 años, valiente y fanático como su padre, al que solía acompañar en las algaras; una hija, Aixa, bellísima doncella de 18 primaveras, de corazón generoso e inocente, y una lucida hueste, más temible por aguerrida que por

numerosa, ávida siempre de sangre y de rapiña.

En una de las correrías que realizó Ahmed llegó hasta las tierras de Alcalá, consiguiendo un botín abundante en ganado, enseres y prisioneros. Entre éstos destacaba un joven caballero, quien, al frente de un reducido grupo de valientes, había causado estragos en las filas de los atacantes antes de caer herido. Por su distinción natural y la riqueza de sus arreos, sus aprehesores le supusieron persona principal, del que poder obtener un importante rescate.

Trasladado el prisionero a Castellforte, fué encerrado en el castillejo del Este, donde el alfaquin o médico personal del Vali se encargó de curarle, ayudado por Aixa, como solía, por ser de suyo compasiva y experta en bálsamos y bizmas. El fanatismo religioso y la soberbia impedía al caudillo árabe concebir que su hija, ferviente musulmana, pudiera sentir jamás afecto transcendental alguno hacia un enemigo de su religión y de su raza. Para el Vali, el cristiano era sólo una mercancía, de la que se proponía obtener el máximo beneficio, propósito que se reafirmó cuando el rehén, con una dignidad que más pareció desafiante orgullo, se declaró hijo primogénito de Goter Suario, renombrado mesnadero del rey Alfonso VI, y que su nombre era Rodrigo.

Pero la Naturaleza tiene códigos propios, a los cuales se ajusta despreciando las opiniones humanas, sean étnicas, teológicas o de cualquier otra clase. Así había sido siempre y así habría de ser en este caso.

Los oportunos cuidados médicos y la robusta naturaleza del joven Suario le permitieron restablecerse en pocos días, pues ninguna herida había sido grave. En ese tiempo, la que empezó siendo en Aixa compasión hacia el herido y la que en este nacimiento como gratitud hacia su hermosa cuidadora se transformaron en un sentimiento mutuo más hondo, que los embargó a la vez y a la vez crecía hasta ser un dulce y total avasallamiento, como sólo son capaces de sentir los corazones jóvenes y apasionados bajo en influjo del primer amor.

Cuando la rueda de la fatalidad se pone en movimiento no suele parar hasta completar su obra, y así como el fuego, cuanto más se le tapa, más humo echa, también el

amor se decubre más cuanto más pretende disimularse. De este modo los dos jóvenes enamorados dejaron advertir sus sentimientos, siendo Abbed el primero en percatarse de ello, pues no en vano poseía un natural receloso y una intuición de un buen observador.

Dominó la ira que sintió, disimuló saber lo que sabía, y, para que se confiara el prisionero, ordenó retirar la guardia de vista que se le había puesto. En lo sucesivo sería él, Abbed mismo, quien asumiría la vigilancia y cuanto la seguridad y control del rehén hicieran necesario. De no mediar el rescate, habría ordenado darle inmediatamente la muerte, o se la habría dado por su propia mano, que hartó esfuerzo le costaba contenerse... En cuanto a su hermana, quedaba por determinar el castigo que se le aplicaría; pero su traición no podía quedar



impúne.

Con ésto, hacía ya tres meses que Rodrigo había sido hecho prisionero y trasladado a la fortaleza del cerro Este de Castellforte y dos meses y medio que se gestionaba su rescate. En ese tiempo y desde que estuvo curado de sus heridas, el rehén pudo pasear con libertad por los alrededores del castillejo, aunque siempre vigilado por la guardia.

Estaban constituidos dichos alrededores por amenos huertos, poblados de árboles frutales y aquí y allá pequeños macizos de cañas alzaban sus verdes penachos como plumas vegetales. En uno de estos cañaverales, situado al pie del muro oeste del castillejo, brotaba un manantial, formando un pequeño arroyo, el cual discurría hasta unirse a otro mayor, que nacía en lo que hoy se conoce como Las Nogueras.

En aquel rincón ameno hallaron los enamorados una especie de escondite, adecuada-



do para sus encuentros y ternezas, más frecuentes unos y más expansivas otras desde que Abbed retiró la vigilancia del prisionero. Ahora la ejercía él y tan estrecha como discreta, de manera que, oculto y atento, fúe testigo mudo de todos los coloquios que Rodrigo y Aixa mantuvieron desde que inició el espionaje.

Así vino a conocer cuán profundo y peligroso era el amor que unía a los dos jóvenes y la gran traición que, a su juicio, preparaban.

Fluctuaron en el ánimo del joven mu-
sultmán las sensaciones más variadas y hasta opuestas: La esperanza, cuando Aixa, a pesar del amor que mostraba hacia el prisionero, rechazó la proposición que éste le hacía de que se convirtiera, primero al cristianismo y, luego, en su esposa; la ira,



cuando el rehén, para persuadir a la cándida doncella, afirmó que apenas existían diferencias entre las dos religiones, pues la Biblia y el Corán tienen mucho en común y Mahoma es un émulo de Jesús, con honorosa ventaja para éste, cuya vida, como ejemplo de amor y bondad, no tiene igual entre todos los humanos; y finalmente la ira se convirtió en odio a muerte cuando Aixa accedió a cuanto Rodrigo le pedía, concluyendo por estar de acuerdo en huir con él al cabo de dos días, en cuanto cerraran las sombras de la noche, encargándose ella de tener preparado el caballo y franca la salida. Pensaban utilizar caminos excusados, para eludir la persecución, que sin duda se efectuaría por los más sabidos...

Pudo Abbed dominarse al fin, hallando la calma y hasta el consuelo en el propósito que en aquel punto se hizo trincar la fuga a golpe de alfanje.

Pero todo lo desbarató el destino haciendo que en la mañana siguiente llegara el mensajero mediador en el rescate del joven Suario, trayéndole satisfactoriamente concluido. La entrega del rehén debía hacerse a la salida del primer sol, en las ori-

llas del Tajo, junto al paso o vado defendido por el castillejo de Alboer.

Uniendo el cinismo a la ironía, el mismo Abbed dió la nueva al cautivo, gozándose en la turbación que le produjo, si bien tanto podía atribuirse al contento por el recobro de la libertad como el trastorno de su plan. Ahora más que nunca era preciso vigilarle, y Abbed dispuso de nuevo guardias de vista para el rehén, pero en forma discreta, de modo que pudiera creerse ya horro y exento de cuidados.

Pudo Rodrigo dar a su amada aviso para que se le reuniera en el cañaveral y pudo, también Abbed saberlo y ocultarse como solía para presenciar el encuentro de los enamorados.

- Mi Aixa amada, luz de mis ojos y aliento de mi vida- comenzó a decir con unción el joven Suario cuando apareció la hermosa doncella-, mañana por la mañana seré devuelto a los míos, quebrándose nuestro proyecto,- que no mi amor ni mi palabra. Volveré por tí para hacerte mi esposa. ¡Te lo juro! Espérame aquí en la segunda noche de la próxima luna llena y una hora después de su salida... Se acerca un soldado de la guardia... Confía en mí. Adios.

- Te esperaré - respondió en voz baja pero firme Aixa, y aunque no lo hubiera hecho, las lágrimas que brotaron en sus bellos ojos le habrían bastado a su amado.

Transcurrida esta escena y retirados los personajes, para evitar reacciones imprevisitas, Abbed ordenó que el prisionero, pues aún lo era, fueses recluido en un calabozo hasta su marcha en la mañana del día siguiente.

Y amaneció el nuevo día. Rodrigo fue restituido a su familia, que pagó el rescate, y los dos enamorados esperaron impacientes el reencuentro definitivo, unidos entre tanto por anhelos, memorias y suspiros.

Llegó, por fin, el día anhelado. Amparado en las sombras de la anochecida y aprovechando el conocimiento que había adquirido del terreno, Rodrigo pudo llegar cerca de la pequeña fortaleza sin ser advertido, o tal creía él. Había llevado dos excelentes corceles, en previsión de necesitar una huida rápida, y los ocultó en uno de los cañaverales.

Al aproximarse la hora, alumbrado por el disco dilatado de una luna que brotó siendo de oro y ascendida haciéndose de plata, Rodrigo caminó al encuentro de su amada,

palpitándole el corazón con tanta fuerza que le producía fatiga.

Por armas defensivas llevaba sólo una cota de malla ligera, y como ofensivas, espada corta y daga. Pero salvo la emoción que le producía la inminencia del encuentro, caminaba sin ningún recelo, aunque despacio y en silencio. Sin embargo, a medida que avanzaba se interrumpía el croar de las ranas; sobre su cabeza vió revolver zizagueantes varios murciélagos, y cercano resonó el ominoso ulular de una lechuza a la cual respondió otra un poco más lejana.

Apénas entró Rodrigo en el cañaveral, dos sombras le cerraron el paso y mientras unos brazos robustos le sujetaban, una mano fuerte y decidida le apuñalaba repetidamente, a la vez que una voz cargada de odio mascullaba más que decía:

- ¡Muere, perro cristiano! ¡Muere!

Taladrada la ligera cota por el recio y buido acero, la saña abrió vía a la muerte, que penetró en el cuerpo del confiado joven por media docena de heridas.

Arrojado al suelo, exhaló el último aliento murmurando el nombre de Aixa, y como si la invocación hubiera materializado su presencia, apareció la doncella, se arrodillo junto al caído, acarició su rostro y se desplomó sobre su amado.

A partir de este momento, unos cuentan que la infeliz Aixa, extraviada la razón, deambulaba sin cesar en torno a la pequeña fortaleza, esperando a su amado Rodrigo, y otros afirman que el desvanecimiento no fué tal, sino muerte, por rotura de su tierno corazón al ver asesinar a su prometido, y que el feroz Abbed, arrepentido de su crimen, permitió que los dos amantes reposaran juntos; pero que desde entonces, todas las segundas noches de luna llena, el fantasma de la bella mora, vestido de blanco y como un rayo de luna más, pasea por el cerro donde estuvo el castillejo, cerro que hoy se llama "De la encantada".

No debe extrañar la ausencia total de restos del citado castillejo, pues presumo que hasta los cimientos fueron aprovechados para la construcción de casas en Santa Cruz. Así habrán perdurado hasta nosotros, desfigurados como los sucesos que hemos reconstruido.

Y ésto es todo lo que la encantada del cerro me ha contado para que yo os lo transmita.